

Un testamento nostálgico

Arthur Miller revela en sus últimos relatos las trampas de la memoria. “No estaría de más declarar un día de fiesta nacional durante el cual la gente pudiera visitar sus difuntas convicciones”, escribe el autor. Por **Juan Gabriel Vásquez**

EN 2001 ARTHUR Miller pronunció, en el marco de las Jefferson Lectures, una conferencia de título ominoso: *La política y el arte de la actuación*. Nunca como ahora, dice Miller, se ha visto el ciudadano tan rodeado de actores: presentadores de televisión, anfitriones de *talk-shows*, políticos. Rodeado de interpretaciones las 24 horas del día, el hombre deja de distinguir la realidad de la ficción; y entonces, bueno, Reagan y Bush pueden ser presidentes. El texto entero es un enjuiciamiento de la política como entretenimiento, pero hacia el final toma un giro insospechado hacia una vindicación del artista. “No importa cuán aburrido sea un artista o si es un delincuente moral, en el momento de la creación, cuando su obra penetra la verdad, disimular le es imposible, no puede fingir. Dijo una vez Tolstói que lo que buscamos en una obra de arte es la revelación del alma del artista”. Con su rara mezcla de lo político y lo metafísico, de crítica social y confesión íntima, el final del texto es casi un guiño para el lector de *Presencia*, último libro de Miller y una especie de testamento indirecto.

Recordando a un amigo de juventud, ferviente admirador de los rusos y convencido de “la virtud intrínseca de la clase obrera” y la inminencia de un “benevolente socialismo”, el protagonista de uno de estos relatos reflexiona sobre el peso que aquellas ideas tuvieron para su generación, sobre todo durante ciertos años. “No estaría de más”, piensa entonces, “declarar un día de fiesta nacional durante el cual la gente pudiera visitar sus difuntas convicciones”. El relato es ‘La destilería de trementina’: el penúltimo de la serie, el más largo —76 páginas: una *nouvelle*— y uno de los más logrados. Pero la imagen de aquellas convicciones sepultadas en un cementerio tipo Arlington, la imagen de los deudos llegando con flores ante las lápidas y presentando sus respetos a lo que alguna vez creyeron tiene en *Presencia* el lugar de una declaración de intenciones, casi diríamos una poética. Lo que rige el libro es la nostalgia, una de las emociones más peligrosas de la literatura y vieja compañera de Arthur Miller; esa nostalgia es a veces política, a veces sexual, a veces algo entre las dos cosas; pero siempre echa abajo nuestros tristes intentos por recuperar un pasado que se ha ido. “Supongo que yo también busco algo perdido”, piensa el personaje de ‘La destilería’. Y como Miller nunca se caracterizó por la sutileza, ese personaje está leyendo a Proust.

Los seis cuentos de *Presencia* forman una suerte de arco de vida. El lector comienza con ‘Bulldog’, donde un muchachito de 13 años cruza la ciudad para comprar un perro y termina por descubrir el sexo, y termina con ‘Presencia’, donde un hombre mayor espía o trata de espionar a una pareja que se acuesta en una playa, y la simetría es perfecta. En el medio hay tres cuentos largos que, cada uno con sus herramientas, intentan echar algo de luz sobre el devastador paso del tiempo, o quizá sobre su contemplación impotente por parte de los hombres.

El ejercicio es tan intenso que la clave de todos los cuentos, más que en la anécdota, acaba por estar en el recuerdo de la anécdota. Y así lo que importa no es que un bailarín judío sea contratado para actuar frente a Hitler, sino que años después le cuente la historia a un escritor para que éste le “encuentre un sentido”; lo que importa no es un escritor que supere su bloqueo escribiendo en el cuerpo



Arthur Miller escribe con su hija en el regazo. Fotografía tomada por Inge Morath (esposa del escritor y madre de Rebecca) en 1962. Foto: Inge Morath / The Inge Morath Foundation / Magnum

desnudo de una desconocida, sino los recuerdos de su matrimonio que esa escritura suscita.

Y así se topa uno de frente con el asunto de la memoria, vieja conocida de Miller. Por más que uno se esfuerce, es difícil no pensar en la estructura de *La*

muerte de un viajante, que para mí sigue siendo una de las pocas instancias en que el teatro (digamos) realista se ha acercado con éxito —es decir: sin poses, sin pretenciosos aspavientos técnicos— al fluir de la conciencia. Como le sucede al pobre Willy Loman, los personajes de

Presencia son víctimas de su memoria y las trampas que la memoria suele poner; como le sucede a Loman, los personajes de *Presencia* están aquí, en el cómodo presente, cuando algo visto o escuchado los lanza sin remedio al pasado, generalmente con resultados más bien lamentables. “Esa ambigua referencia le trajo a la memoria...”. Frases de este estilo saltan con asiduidad de los párrafos de *Presencia*. El cuento que da título al libro es, bien mirado, una puesta en escena de las mismas fantasmagorías que explota *La muerte de un viajante*: en la escena presente irrumpe una visión del pasado. Y luego el personaje, Willy Loman o el hombre mayor del cuento, se queda reponiéndose del golpe.

Hay sólo un cuento indigno del conjunto: ‘Castores’, una fabulita más bien tonta donde Miller subraya la moraleja hasta que el papel se rompe. Pero los demás pertenecen a la rica tradición de ese cuento norteamericano que viene de Chéjov; pertenecen, para ser más específicos, al cuento judío. Aquí están presentes esos dos cuentistas inmensos, estrictos contemporáneos de Miller, que fueron Bellow y —sobre todo— Bernard Malamud. Al lado de esos dos gigantes, todo hay que decirlo, los cuentos de *Presencia* se ven pequeños, casi tímidos; pero la comparación es injusta, además de innecesaria. Miller debe su estatus de clásico a *La muerte de un viajante* y a *Las brujas de Salem*, y sabemos que él mismo consideraba el cuento un género menor junto a su teatro. Estos relatos no se plantean las ambiciones estilísticas de Bellow ni la elegancia y la sutileza de Malamud, pero llevan sus intenciones a buen puerto. “Las preguntas importantes nunca tenían respuesta”, reflexiona alguien. Pero un cuento vive o muere por la intensidad con que haga esas preguntas, y Miller, como los escritores de verdad, no lo olvida jamás. •

Presencia. Arthur Miller. Traducción de Victoria Alonso Blanco. Tusquets. Barcelona, 2009. 204 páginas. 17 euros. *La presencia*. Traducción de Anna Mauri i Batlle. Edicions 62. Barcelona, 2009. 176 páginas. 17 euros.

Juan Gabriel Vásquez (Bogotá, 1973) es autor, entre otras obras, del libro de relatos *El amante de todos los santos* (Alfaguara).

Padres, hijos y otras criaturas

Por Toni García

“LUKE, YO SOY tu padre”. No es fácil asumir que tu progenitor es un señor con máscara negra, principios difusos y respirar agitado. Especialmente cuando acaba de cortarte una mano y la alternativa a resistirse al peso del apellido es acabar cayendo por el conducto de ventilación de un súper-destructor imperial. No es fácil ser “el hijo de” o “el hermano de”. Joe Hill no es el hijo de Darth Vader ni falta que le hace. Su padre ha provocado infinidad de pesadillas al lector durante tres décadas y seguro que de pequeño lo de “papá cuéntame un cuento” se escuchaba poco en casa. Hill es el vástago de Stephen King pero a pesar de eso (y de que llamarse King es un chollo) ha renunciado a utilizar el apellido para currar a pico y pala —es un decir—. Con *El traje del muerto* ha demostrado que hizo bien metiéndose a escritor y que se puede vender sin el empujón de papá. Hill es un buen ejemplo, pero no es el único.

Las sagas familiares, ya sean de una, dos o tres generaciones, son un misterio irresoluble, no importa la filiación del parentesco, uno siempre puede acabar metido en algo totalmente diferente: las Hemingway, Margaux y Mariel (nietas del legendario Ernest) decidieron dedicarse a la actuación; Sophie Auster, hija de Paul, canta y modela (y viceversa); Caitlin se dedica a la fotografía

y Denise al diseño de vestuario, el primero es el hijo y la segunda la hermana de David Cronenberg; Nick Clooney es periodista y su hijo, George, ha insistido en ser actor, con algunas escapadas humanitarias de tanto en tanto; McCartney, Stella, se dedica al negocio de la moda y su padre, Paul, sigue siendo un Beatle; Kyle Eastwood es músico mientras que el eterno Clint sigue pateando culos a sus 78 años.

En otros casos como los de Ziggy (Marley), Sean (Lennon) o Shanna (Morrison) el apellido es una losa, una joroba incómoda, un auténtico coñazo. También hay sagas de pandereta, como la que formaron los Baldwin (de la cual sólo sobrevive, artísticamente hablando, Alec) o de noble abolengo como los Coppola, donde pululan entre otros Roman, Sophia, Nicolas (Cage) y el patriarca Francis Ford, junto con una densa población de satélites humanos orbitando en torno a la familia, día sí día también.

Hay algunos, pocos, que hasta consiguen ponerse a la altura de sus antepasados: el hijo y el sobrino del gran Alfred Newman, Thomas y Randy, que han llevado el legado musical del mítico compositor al siglo XXI; Jennifer, hija de David, que ha demostrado tablas como para —en un futuro— ser una Lynch de pies a cabeza; o el propio Skywalker, Luke, que al final —quien lo diría— acaba haciendo las paces con papá. Y es que ya lo decía otro patriarca famoso, el juez Earp (padre de Wyatt): “Lo único que importa es la sangre, la familia. Los demás son sólo extraños”. •